

Quinto domingo de cuaresma

Santa María Egipciaca

Lecturas: Hebreos 9:11-14; Marcos 10:32-45

Tropario tono 8

En ti, oh Madre, se ha conservado fielmente la divina imagen. Tomando tu Cruz, seguiste a Cristo. por tus obras, has enseñado a despreciar la carne, pues la carne pasa, y a cuidar el alma, criatura inmortal. Por eso, tu espíritu, oh bienaventurada María, se alegra con los ángeles.

Sinaxario

Vida de Santa María Egipciaca

Nuestra santa Madre María era nativa de Egipto. Con doce años abandonó a sus padres para irse a Alejandría, donde vivió durante diecisiete años en la concupiscencia y en el mayor desenfreno. Subsistiendo por medio de limosnas y por la costura del lino, sin embargo entregaba su cuerpo a todo hombre sin ser empujada por la miseria, como otras tantas pobres mujeres, sino como si ardiera por el fuego de un deseo que nada podía satisfacer. Un día, viendo a una multitud de libios y de egipcios dirigirse hacia el puerto, los siguió y se embarcó con ellos hacia Jerusalén, ofreciendo su cuerpo para pagar el precio de la travesía. Cuando llegaron a la Ciudad Santa, siguió a la multitud que se apresuraba a la basílica de la Resurrección, el día de la Exaltación de la Cruz. Pero, cuando llegó a la entrada de la iglesia, una fuerza invisible le impidió entrar, a pesar de sus esfuerzos reiterados, mientras que otros peregrinos franqueaban fácilmente la puerta. Permaneciendo sola en una esquina del nártex, comenzó a darse cuenta de que la impureza de su vida le impedía acercarse al Santo Madero. Vertió lágrimas abundantes golpeándose el pecho y, viendo el icono de la Theotokos, le dirigió esta oración: “Oh Soberana que diste a luz a Dios en la carne, sé que no debería mirar tu icono, tú que eres pura de alma y cuerpo, pues, concupiscente como soy, debo inspirarte desagrado. Pero puesto que el Dios nacido de ti se hizo hombre para llamar a los pecadores al arrepentimiento, te suplico que vengas ahora en mi ayuda. Permíteme entrar en la iglesia para postrarme ante Su Cruz. Y cuando haya visto la

Cruz, te prometo renunciar al mundo y a los placeres, y seguir el camino de la salvación que Tú me muestres”.

Ella se sintió al momento liberada de ese poder que la retenía y pudo entrar en la iglesia, donde veneró con fervor la santa Cruz. Luego, vuelta hacia el icono de la Theotokos, se declaró lista en adelante para seguir el camino que le indicara. Una voz le respondió desde lo alto: “Si pasas el Jordán, encontrarás allí el reposo”.

Saliendo de la iglesia, compró tres panes con la limosna recibida de un peregrino, preguntó el camino que conducía al Jordán y llegó por la tarde a la iglesia de San Juan Bautista. Después de ser lavaba en las aguas del río, comulgó los Santos Misterios, comió la mitad de uno de los panes y se durmió en la orilla del río. Al día siguiente por la mañana, atravesó el río y vivió desde entonces en el desierto, durante cuarenta y siete años, sin encontrarse con nadie, ni hombre ni animal.

Durante los diecisiete primeros años de su estancia, sus vestiduras quedaron convertidas en harapos, ardiendo por el calor durante el día y congelándose de frío por la noche, se alimentaba de hierbas y raíces salvajes. Pero, más que las pruebas físicas, debía afrontar los violentos asaltos de las pasiones y el recuerdo de sus pecados, y echándose por tierra suplicaba a la Theotokos para que viniera en su ayuda. Protegida por Dios, que no desea la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ezequiel 33:11), eliminó de su corazón todas las pasiones por esta ascesis extraordinaria, y pudo convertir el fuego del deseo carnal en una llama de amor divino, que le hacía sufrir con gozo, como un ser incorporeal, el implacable desierto.

Después de muchos años, un santo anciano, llamado Zósimo, que según la tradición instaurada por San Eutimio, se dirigió al desierto más allá del Jordán para pasar la Gran Cuaresma, percibió un día a un ser humano, con el cuerpo ennegrecido por el sol y con los cabellos blancos como la lana, caídos hasta la espalda. Corrió detrás de esta aparición que huía cuando él se acercaba, suplicándole que le concediera su bendición y alguna palabra de salvación. Cuando se dio cuenta de la voz, María, llamando por su nombre a aquel que no había visto, le reveló que era una mujer y le pidió que le diera su manto a fin de cubrir su desnudez. A las preguntas del monje, asombrado por haber encontrado al fin un ser teóforo que había alcanzado la perfección de la vida monástica, la santa le contó con lágrimas su vida y su conversión. Luego, habiendo terminado su relato, le pidió que volviera el año siguiente, el Gran Jueves, con la Santa Comunión, a la orilla del Jordán.

El día acordado, Zósimo vio a María aparecer en el otro lado del río. Ella hizo el signo de la Cruz y atravesó el Jordán caminando sobre sus aguas. Habiendo comulgado con lágrimas, dijo: “Ahora, oh Soberano, puedes dejar ir en paz a tu siervo, según tu palabra, pues mis ojos han visto Tu

salvación” (Lucas 2:29). Luego, se despidió de Zósimo, citándolo para el año siguiente en el lugar del primer encuentro.

Cuando el año transcurrió, Zósimo encontró, en el lugar convenido, el cuerpo de la santa extendido en tierra, con los brazos cruzados, y el rostro vuelto hacia oriente. Su emoción y sus lágrimas no le permitieron descubrir al pronto una inscripción trazada en el suelo con las manos de la santa, que decía: “Abba Zósimo, entierre en este lugar el cuerpo de la humilde María, devuelva al polvo lo que es del polvo, después de haber rezado por mí. Morí el 1 de abril, la misma noche de la Pasión de nuestro Señor Jesús Cristo, después de haber recibido la Santa Comunión”. Consolado de su pena y conociendo el nombre de la santa, Zósimo se asombró por constatar que ella había atravesado en unas pocas horas una distancia de más de veinte días de camino. Después de haber intentado vanamente hacer un hoyo en el suelo con un trozo de madera, vio de repente a un león aproximarse al cuerpo de María y lamerle los pies. Por el mandato del anciano, la bestia excavó con sus garras una fosa en la que Zósimo puso con devoción el cuerpo de la Santa.

De regreso al monasterio, contó las maravillas que Dios cumple a favor de los que se alejan del pecado para volver a Él de todo corazón. De pecadora impenitente, Santa María se convirtió, para una multitud de almas asediadas por el peso del pecado, en una fuente de esperanza y en un modelo de conversión. Por eso, los santos padres han puesto la celebración de su memoria al final de la Cuaresma, como un aliento dirigido a los que han descuidado su salvación, proclamando que hasta la última hora, el arrepentimiento podrá conducirlos de vuelta a Dios.

Extractos del oficio del día

Vísperas del sábado, 3ª estíquera del Lucernario, tono 6

Habitante del desierto, tú borraste de tu alma toda la imagen de tus pasiones, a fin de inscribir en ella la figura más semejante a Dios, por el resplandor de las virtudes. Resplandeciste hasta tal punto, oh bienaventurada, que pudiste atravesar fácilmente las aguas, y elevarte de la tierra mientras elevabas tus oraciones a Dios. Y ahora, estando con seguridad ante Cristo, oh gloriosa María, ruégale que salve nuestras almas.

Maitines del domingo, canon, catisma tono 8

Habiendo eliminado los asedios de la carne por los trabajos de la ascesis, manifestaste el espíritu viril de tu alma, y deseosa de contemplar la Cruz del Señor, fuiste crucificada al mundo santamente, oh Venerable. Por eso,

con celo te dirigiste hacia la vida angélica, oh bienaventurada. Y así, honramos fielmente tu memoria, oh María, pidiendo que, por tus oraciones, se nos conceda la remisión de nuestros pecados.

Maitines del domingo, 1º canon, tono 5, oda 6, tropario 1

El rico se condenó a sí mismo a la llama de fuego por su vida en los placeres, pero Lázaro el indigente, que prefirió la pobreza durante esta vida, fue digno del gozo sin fin.

Maitines del domingo, 1º canon, tono 5, oda 9, tropario 1

Oh Cristo, te suplico que me hagas semejante al pobre Lázaro, rechazando mis encantos por los placeres, Tú que por naturaleza eres Dios: dignate hacerme rico también, pero por las virtudes, a fin de que con fe con himnos, te magnifique.

Maitines del domingo, exapostilario, tono 3

Teniendo en ti el modelo del arrepentimiento, oh María toda santa, suplica a Cristo que en el tiempo de la Cuaresma nos sea concedida la penitencia, a fin de que te alabemos con fe y amor por nuestros himnos.

Maitines del domingo, doxasticón, tono 1

El reino de Dios no es bebida y alimento, sino justicia y templanza con santidad. Así, no son los ricos los que entrarán, si nos que pongan sus tesoros en manos de los pobres. Esto lo enseña David el profeta por estas palabras: justo es el hombre que todo el día hace misericordia, pone sus delicias en el Señor y, caminando en la luz, no caerá. Todo esto fue escrito para nuestra instrucción, a fin de que, ayunando, hagamos el bien, y que el Señor, a cambio de los bienes terrenales, nos conceda los bienes celestiales.

Homilias

*San Teófilo el Recluso
¡Menos hablar y más obrar!*

La pecadora, habiendo escuchado que el Salvador estaba en casa de Simón, se dirigió allí con un vaso de perfume. Echándose a los pies del Señor, se puso a verter lágrimas sobre Sus pies, para enjuagarlos a continuación con sus cabellos, abrazarlos y ungirlos con mirro (Lucas 7:36-39). Ella no dice

nada, solamente actúa, y por sus obras, hace prueba de un tierno amor por el Señor. Por eso, Él dice de ella: “Sus numerosos pecados le son perdonados, porque ha amado mucho” (Lucas 7:47). ¡Oh, si nosotros, de la misma forma, habláramos menos y obráramos más, testificando por nuestros actos, nuestro amor por el Señor! Tú dirás: “Si estuviera aquí, en persona, entonces estaría listo al instante incluso a hacerlo todo por Él”. Pero Él está aquí, invisiblemente en Su persona, mas visiblemente en la persona de todos los cristianos y más particularmente en los necesitados. Unge al Señor invisible con la oración de un corazón lleno de amor, y al Señor visible en los necesitados, hazles lo máximo, y lo que hagas, lo harás por Dios.

San Juan de Kronstadt
Sobre las lecturas de este domingo

Quisiera haceros entender y comentaros un poco las lecturas de la epístola y del Evangelio de hoy. La epístola era un pasaje de la carta del apóstol San Pablo a los Hebreos, sobre la virtud purificadora de la sangre de Cristo, que se ofrece como víctima a Dios el Padre por los pecados del mundo entero. Y del Evangelio, se ha leído un pasaje del evangelista Marcos: cómo predecía Jesús con antelación a sus doce apóstoles, entre los que se encontraba el traidor Judas, que Él, nuestro Señor, “iba a ser entregado a los sacerdotes y escribas de los judíos, condenado a muerte y entregado a los paganos, y que se mofarían de Él, le golpearían, lo cubrirían de injurias y lo matarían, y que al tercer día, resucitaría”. Siempre, en el Evangelio, se ha leído más allá de la petición expuesta por los dos discípulos, los hermanos Santiago y Juan, de ocupar los primeros lugares cuando Jesús Cristo fuera glorificado, y cómo el Señor les había reprendido dulcemente, diciendo que “el camino hacia la gloria era para Él, el camino de la Cruz, del sufrimiento y de la muerte”, y el descontento de los demás discípulos ante las pretensiones de Santiago y Juan, y cómo el Señor les dio una lección a todos sobre este tema: “Quien, entre vosotros, desea hacerse grande, hágase sirviente de los demás, y quien desea ser el primero, ha de ser esclavo de todos. Porque también el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos” (Marcos 10:43-45).

Y ahora, volvamos a la epístola. El santo apóstol Pablo, en la carta a los Hebreos, dice pues que Jesús “gran sacerdote de los bienes venideros, entró una vez en el santuario con Su sangre y obtuvo una compra eterna (para los que creen en Él). Y si, en la antigua alianza, la sangre de los bueyes y los carneros ofrecidos en sacrificio y la ceniza de la grasa, por aspersion,

santificaba a los que estaban manchados, a fin de que su cuerpo fuera puro, cuánto más la sangre de Cristo, que la ha ofrecido, inocente, a Dios por el Espíritu Santo, purificará nuestras conciencias de las obras muertas, es decir, de los pecados cuyo salario es la muerte, para que sirvamos al Dios vivo y verdadero”.

Si la sangre prefiguraba la antigua alianza, la sangre de los animales ofrecidos en sacrificio santificaba a los que estaban manchados, para que sus cuerpos fueran puros, cuánto más purificará nuestra conciencia, nuestra alma y nuestro cuerpo de todo pecado la sangre de Cristo. Y el apóstol Juan, dice que la sangre de Cristo, Hijo de Dios, nos purifica de todo pecado (1ª Juan 1:7). Nadie entre los pecadores debe perder el valor, por muy pecador que sea, sino que debe esperar recibir el perdón y la purificación de todos sus pecados, pues tenemos al Salvador, que por la gracia permanece siempre con nosotros en Su Iglesia, particularmente por los Santos Misterios. Descendió para purificarnos de todo pecado, si al menos creemos en Él, si nos arrepentimos sinceramente e irrevocablemente, y con fe y amor comulgamos de Su Cuerpo y de Su Sangre santísimos.

Santa María Egipciaca, de la cual hacemos memoria hoy, estaba sumergida en un abismo de maldad, en el fondo de la concupiscencia, pero la penitencia, la fe y el amor, los grandes hechos del ayuno y de la oración, la Comunión del Cuerpo y Sangre de Cristo, le purificaron e hicieron semejante a los ángeles. Imitemos también su fe, su ardor en la penitencia y la oración, al amor de Dios, su sed de comulgar en el Cuerpo y Sangre de Cristo, y el Señor nos purificará de todo pecado: “pues ante el Señor está la misericordia y la abundante redención”, y “El nos librá de todas nuestras iniquidades” (Salmos 129:7).

En el Evangelio de hoy, nuestro Señor Jesús Cristo nos da esta enseñanza de no buscar la primacía y la superioridad sobre los demás, por gusto a los honores o por amor a sí mismo, sino que persigamos solo el honor que complace a Dios, el de servir a los demás por la propia salvación, así como Cristo Dios mismo no vino a ser servido, sino a servir y dar Su vida como rescate de muchos. El que quiera ser mayor entre vosotros, que sea vuestro siervo, y el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea el esclavo de todos. Llevad el peso unos de otros y así cumpliréis la ley de Cristo (Gálatas 6:2). Amén.

Traducido por psaltir Nektario B.

Para cristoesortodoxo.com

© Marzo 2015